

UNA COLECCIÓN DE LOS AUTORES DE

EDITORIAL LOS SIN PISTO

PARA COMPARTIR EN CUARENTENA



NARRATIVA
Colección CUARENTENA

REFUGIO ASISTIDO 1
Primera edición:
Editorial Los Sin Pisto, 2020

Mauricio Orellana Suárez, editor
Diagramación: Mauricio Orellana Suárez



REFUGIO ASISTIDO 1

UNA COLECCIÓN DE LOS AUTORES DE

EDITORIAL LOS SIN PISTO

PARA COMPARTIR EN CUARENTENA



ÍNDICE

Días del fin
Jacinta Escudos 07

Diario mortuorio (fragmentos)
Felipe A. García 21

S/T
Michelle Recinos 27

Yihk
César Yumán 33

Jardines
Luis Contreras 47

Uno
Mauricio Orellana Suárez 55

Venida del espacio
Pedro Romero Irula 67

Jacinta Escudos

DÍAS DEL FIN[1]

Día 1

Las cosas están ocurriendo con la suficiente lentitud como para que todos tomemos conciencia de lo que está pasando: el fin del mundo ha comenzado.

La lluvia de meteoritos sobre Alemania y Francia, hace poco más de una semana, desencadenó una serie de eventos que están afectando al planeta entero. Las primeras noticias nos parecieron increíbles: ciudades destruidas por completo, extensiones inimaginables de tierra quemadas, ninguna noticia de sobrevivientes.

Los informes periodísticos son bastante confusos porque nadie se atreve a viajar a las zonas de desastre y no hay condiciones técnicas para transmitir imágenes televisadas de la hecatombe.

Las últimas imágenes que logramos ver en los noticieros fue la de algunos habitantes, pocos, que huyeron hasta España

---

1 De libro de cuentos: *El Diablo sabe mi nombre*, Editorial Los Sin Pisto, El Salvador, 2018.

o Italia. Visiblemente perturbados, describían lo que habían visto.

Esos mismos sobrevivientes murieron días más tarde, cuando el fuego se extendió y arrasó con todo ser viviente en lo que conocíamos como el Viejo Continente.

Día 2

Aquí, al otro lado del océano, contemplamos con una mezcla de inocencia e incredulidad las noticias del desastre. La inocencia y la incredulidad de pensar que no nos afectaría a nosotros de manera inmediata o directa, por lo menos no tan pronto.

Hay ataques de histeria en masa y la gente se abalanza hacia los comercios para abastecerse de alimentos. Los mercados económicos se tambalean y la perspectiva de lo que pasará con la economía mundial ante la súbita desaparición del mercado europeo, uno de los más fuertes del mundo, es impredecible.

Los fanáticos religiosos se paran en las esquinas de las calles a predicar el tan afamado fin del mundo y a llamar a los ateos y pecadores al arrepentimiento y la conversión.

Científicos, astrónomos, videntes y charlatanes especulan sobre lo que podrá acontecer con el resto del planeta.

Entonces comenzó el viento.

Día 3

Vivía fuera de la ciudad, en una casa de campo. Una amiga había ido a visitarme. Por la tarde conversamos. El ánimo de la plática fue extraño. Tratábamos de especular sobre nuestro destino personal, pero aunque habláramos de trivialidades, el telón de fondo de la conversación era una resignada angustia ante la certeza innegable de que todo lo que ocurría estaba tan fuera de nuestra influencia, que lo único que podíamos hacer era esperar y ser testigos mudos de los último días de la especie.

Ella había salido a dar un paseo y yo estaba adentro, tratando de hacer algunas anotaciones sobre mis impresiones de la última semana. Escuché un ruido fuerte, una especie de rugido. Entonces comenzó a soplar un viento que iba en aumento. En otra etapa de mi vida había vivido en las Antillas y sabía lo que eran los huracanes. Ese viento era igual o peor y en principio no me alteré mucho. Lo único perturbador era que, en este país, jamás había habido un huracán y que con los sistemas meteorológicos actuales, se hubiera advertido con anticipación la formación de uno. Pero no había escuchado noticia al respecto en la radio.

Salí para buscar a mi amiga y caminé por un claro gritando su nombre. Pero era difícil que me oyera. El rugido del viento

se tragaba mi voz. Yo dudaba si continuar en su búsqueda o volver adentro. El viento era tan fuerte que me hería el cuerpo y recuerdo que hasta pensé que me arrancaría el pelo desde la raíz.

Me quedé parada un momento y vi un caballo blanco corriendo y relinchando muy agitado. Me impresionó la visión del caballo blanco en medio del aire que se había tornado azuloso. Detrás de él venían más animales, gatos, perros, vacas, más caballos, pájaros. Todos haciendo ruidos y chillidos que jamás había escuchado en animal alguno.

Corrían frente a mí de izquierda a derecha y tuve la impresión que detrás de ellos venía algo grande y horrible y que los animales lo sabían y huían para salvarse. Todavía avancé unos pasos y tuve que cuidarme de no ser aplastada por una vaca que corría loca dando cabezazos contra el aire.

Alguna gente, poca, salía con niños de entre los árboles y corrían detrás de los animales.

Vi a un viejo y le pregunté sí sabía lo que pasaba.

—¡Es el fin! –me dijo, tomándome los brazos, con una profunda aflicción en su rostro y los ojos repletos de lágrimas.

No supe qué decirle. Nos abrazamos fuertemente, en silencio. Alrededor nuestro

seguían el viento y su rugido, los animales y su carrera desenfrenada.

Le dije que corriéramos, que teníamos que seguir a los animales, que teníamos que confiar en sus instintos.

—No –me dijo–. Ya estoy viejo y de todos modos voy a morir pronto. Hágalo usted que tiene tiempo por delante... quizás.

Comencé a correr en la misma dirección de los animales. Y el viento me empujó tan fuerte, que casi me sentí volar.

Los animales en realidad corrían hacia el borde de una profunda caída. Huían, sí, pero sabían que no había lugar alguno sobre la faz de la tierra que los salvaría de todo lo que estaba por venir.

Cuando llegamos al borde del precipicio, los animales simplemente saltaban, emitiendo chillidos y gritos terribles. Comprendí que se trataba del suicidio de los animales, otra señal de los días finales. Vi al caballo blanco saltar, agitar sus patas en el aire, la crin revuelta por el viento.

Algunos animales dudaban en saltar, se movían nerviosos en la cercanía de la caída. Era curioso ver todo tipo de animales, antes enemigos, revueltos entre sí, hermanadas todas las bestias ante la tragedia superior.

Comencé a llorar y me agaché para abrazar a un par de perros, que gimiendo temerosos, trataban de encontrar refugio entre mis piernas.

Día 4

Después de los días del viento, el cielo cambió de color. Todo adquirió un tono anaranjado y la luz del sol estaba opacada por ese tono. Era difícil diferenciar el día de la noche. Apenas lo sabíamos por algunos que aún conservaban funcionando sus relojes.

El viento duró varios días, los suficientes como para destruir la ciudad. Edificios débiles caían como castillitos de naipes soplados por una inmensa boca invisible.

Llegué a la ciudad, con algunos sobrevivientes del campo. Pensamos que juntarnos con otros en la ciudad sería lo más prudente, que encontraríamos comida, y también información.

Allí supimos lo demás. El desastre ocurría en todo el continente y tan pronto como un evento terminaba comenzaba otro, sin tregua para pensar ni sobreponerse.

Era difícil creer que aquello era el fin, pero era también difícil imaginar que, después de tanta destrucción, la vida volvería a comenzar. Si es que alguien quedaba vivo.

La idea de morir era palpable y absoluta, pero al mismo tiempo, inverosímil.

Algo en mí decía: "no puede ser, esto va parar, estoy viva y voy a sobrevivir y todo va a estar bien porque yo no voy a morir, no me voy a morir nunca".

También pensaba que todo aquello era tan diferente a como se nos había dicho desde la escuela. El fin del mundo estaba lleno de ángeles sonando trompetas en el cielo y sellos que se abrían para desatar las plagas sobre el mundo.

Los desastres estaban desatados, sí, pero ¿dónde estaban los ángeles y sus trompetas?

Para mí, el fin del mundo no comenzaría oficialmente hasta ver al ángel flotando en el cielo, batiendo sus alas, lanzando fuego sobre nosotros.

Día 5

Encontré refugio en un hospital que está en lo alto de una loma. Hay mucha gente aquí y la altura nos da una absurda sensación de seguridad.

Por lo menos, el hospital sobrevivió bastante bien al terremoto que siguió al viento, aunque una de las edificaciones se derrumbó destrozando a todos los que estaban adentro.

Tratamos de pasar el día en la calle de enfrente del hospital, hablando con todos los que miramos, con el fin de intercambiar rumores y especulaciones.

Yo no hablo con nadie. No conozco a nadie aquí. Nunca supe qué fue de mi amiga, pero la imposibilidad de constatar si está viva o muerta me provoca una anestesia emocional que me impide lamentarla a ella o a todos mis demás conocidos.

El peso de los acontecimientos es demasiado abrumador como para lamentar algo. Y hay demasiada incertidumbre sobre el mismo minuto que se vive como para perder el tiempo y desolarse ante la desgracia personal.

Día 6

Parados estábamos en la calle, cuando vimos en el horizonte lo peor: una inmensa marea de agua anaranjada avanza sobre lo que queda de la ciudad y se dirige hacia nosotros.

Algunos se agitaron mucho y comenzaron a correr para alejarse de la dirección que trae la ola. Yo también pensé hacerlo, pero cuando vi el agua y el tamaño de la marea, pensé que de ésta definitivamente no podríamos escapar, no importara dónde nos ocultáramos.

Además, me pareció inútil seguir corriendo, huyendo de la obvia circunstancia de un proceso que a nosotros, los sobrevivientes, nos es penoso y maravilloso a la vez. Es maravilloso estar vivo, sí, a pesar de todo. Pero estamos en medio del fin y

no hay nada qué hacer más que esperar nuestro propio momento.

"Soy testigo", pienso repetidas veces, "pero ¿a quién podré contárselo si es que sobrevivo?"

MEDIA HORA DESPUÉS

Estoy parada en la calle, masticando la conformidad de mi muerte, esperando morir por el agua.

Un sacerdote se me acerca, sonriente. Viste una sotana negra y con el brazo sostiene la Biblia enfrente de su pecho, como un escudo protector.

—¿Tú rezas?

—Sí –le digo–, lo hago todos los días, a cada momento.

—¿De qué religión eres?

—De ninguna, simplemente creo en Dios y hablo con él a cada momento.

El padre sigue sonriente, como si toda aquella circunstancia lo hiciera abominablemente feliz.

—Entonces, si hablas con Dios, no necesitas de mí. Es necesario que la gente ore en este momento...

Continúa caminando hacia otro grupo de personas, hablando para sí.

Sus palabras me recordaron algo. Frecuentemente escuchábamos decir que el fin del mundo estaba cerca, que teníamos

que convertirnos, encontrar a Dios. Recuerdo que nos reíamos, nos burlábamos, hasta usábamos la frase en broma:

—Conviértete, el fin del mundo está cerca.

Jamás pensé que pocos meses después, esto efectivamente pasaría.

Y estoy aquí, aún viva, viendo la masa de agua que avanza tranquila, segura de que sus víctimas no escaparemos.

7 *MINUTOS DESPUÉS*

Camino hacia el muro del hospital. Entonces veo a un hombre que trae abrazado a un mono. El mono está prendido del hombre, con sus brazos peludos alrededor de su cuello y las patas abrazadas enlazadas a su abdomen, con la cara oculta, como un niño asustado.

El hombre nota que lo veo y se me acerca.

—Saluda a la muchacha, monito.

El mono se voltea a verme y me muestra su amarillosa dentadura. Luego me extiende la mano y yo se la tomo, saludándolo como si fuera una persona. El mono parece sentirse más relajado y comienza a hacer gracias con las manos mientras el hombre y yo nos reímos.

—Encontré al mono cuando empezó todo esto. Desde entonces andamos juntos. Es un animal muy listo, mírelo.

El mono saca en ese momento un bolígrafo de la bolsa de la camisa del tipo. Lo desenrosca y de adentro saca un billete de 10 dólares y me lo ofrece. Alguna gente esconde así su dinero por temor a los pillos que, en medio del desastre, siguen perturbando al prójimo, aunque la verdad es que el dinero ya no sirve para nada.

Cuando veo el billete me conmuevo mucho. Y es una tontería. Es sólo un billete de 10 dólares, pero siento algo así como la vista de la fotografía de un ser querido.

—Ah... el dinero –digo.

—Si, aún guardo unos billetes. Y este mono también sabe de otros escondites míos.

El mono desabotona la otra bolsa de la camisa del hombre y saca un pedazo de pan seco.

—Distingue muy bien si los alimentos tienen el virus del cólera y cuando la comida está contaminada, me la quita de la boca y la tira lejos, para evitar que me enferme.

El hombre me sonríe y entra al hospital.

El mono, mirándome por encima del hombro del tipo, me dice “adiós” con la mano.

DESPUÉS DE CONTESTAR EL SALUDO DEL MONO

El agua avanza despacio.

Siento mucha tranquilidad.

Algunos aún permanecen en el hospital

porque tienen la confianza de que el lugar es tan alto que el agua no nos tocará.

Yo, personalmente, lo dudo. Pero tampoco me importa mucho.

23 MINUTOS Y MEDIO DESPUÉS

El agua está aquí.

Escucho los gritos de la gente. Algunos trepan como arañas a las ruinas de los edificios, pero a medida que la marea anaranjada avanza, lo traga todo y no saca nada a flote.

Lo que veo es una ola gigantesca, tan alta que no me permite ver el cielo. Me parece curioso que el agua haga tan poco ruido. Esperaba un rugido, como el del viento.

Avanza hacia mí como una inmensa alfombra que una mano desconocida desenrolla y empuja hacia adelante. En la base de la marea veo algunos brazos, automóviles, inmensos bloques de cemento.

La visión es fascinante y tenebrosa a la vez. Pero no trato de huir.

En pocos minutos, la ola me absorberá en ella.

Cierro los ojos, resignada.

No quiero tener miedo.

No quiero morir con miedo.

Pienso “ahora voy a morir”.

Me sorprendo mucho cuando el agua me arrastra, porque no siento dolor alguno.

Unos segundos más

Lo único que pienso mientras el agua me arrastra, lo que lamento, es no haber podido pintar en el muro del hospital una sola frase:

“YO ESTUVE AQUÍ”.

Quizás alguien, en la resurrección de los tiempos, la hubiera leído. Como cuando los arqueólogos descubrieron las tumbas de Egipto.

Alguien habría leído mi graffiti y, aunque no supieran mi nombre, sabrían que alguien existió aquí, un ser humano, ese alguien que fui yo.

Felipe A. García

DIARIO MORTUORIO

(Fragmento)[2]

Sábado 18 de noviembre

Mi mente es una sucesión de imágenes fúnebres. Subconsciente que hospeda a la Muerte. De niño casi muero. Una convulsión comenzó a ennegrecer mi organismo hasta que, por milagro, el doctor me salvó la vida. Desde entonces, mis órganos son color rojo sangre y negro muerte. Veo el vaso medio vivo y medio muerto. Es la cualidad-defecto de los que resucitan. El subconsciente se convierte en un sótano acordonado que alberga libros con poesía para epitafios, mausoleos de repuesto, dientes en el suelo, mariposas negras con alas de murciélago, olor a humedad y un catálogo con mil formas de morir. Museo del horror. La Muerte es un demonio que me posee y que no puedo exorcizar. Shinigami come-manzanas que

2 Del libro *Diario mortuorio*, editorial Los Sin Pisto, El Salvador, 2018.

me fastidia día y noche preguntándome cómo me sentiría si matara a ese de ahí o esa de allá. Mostrándome, según él como un juego, cuerpos colgando de los techos o alfombrando el suelo. Pesadillas para soñar dormido y despierto. Hace un año, cuando fui consciente de mi fobia a la Muerte, compré un amuleto. Calavera de barro. Pieza precolombiana maya. Los antiguos mayas creían en la amistad con la Muerte. Pero la Muerte es una amiga inoportuna que cuenta chistes de humor negro. Personalidad puberta, abusadora de confianza. La Muerte rebalsó dentro de mi cabeza. Acoso psicológico, muertes explícitas con rostros familiares. Se hizo más opresiva que nunca. Su amistad comenzó a desgastarme. Hace un mes intenté exorcizarla. Sesión espiritista con una psicóloga. "Respire profundo, lentamente. A la cuenta de tres quiero conocer el nombre del ser que lo posee". Hades, Azrael, Iama, Fin. El exorcismo desató la ira de la Muerte. Los fantasmas de mi imaginación ahora son más molestos y más explícitos que nunca. Hombres con máscaras de peste negra. Una oruga salió de mi garganta y buscó refugio dentro de la casa. Espera el momento de convertirse en una mariposa con alas de murciélago. La doctora pidió disculpas por su incompetencia. "Escriba un diario", me dijo. "Lleve un

registro de la metamorfosis de la Muerte. Compréndala para dejar de temerle", concluyó antes de irse. Es así como emprendo este diario. Album de fotos. Crónica de la oruga negra en la casa. Así comienza la historia de la Muerte.

Lunes 01 de enero

A las doce tuve la certeza de que alguien iba a morir. Aquella mórbida idea me arruinó la celebración en la que, como es costumbre, debía abrazar y desear "feliz año nuevo" a cada miembro de la familia, aunque estuviera convencido de que para al menos uno de ellos no lo sería. Me quedé quieto, contemplando aquel juego de luces pirotécnicas que estallaba sobre el cielo, tratando de retrasar el momento en que abrace a ese pariente que, muy probablemente, no vuelva a celebrar con nosotros. Me negué a hacerlo. No quería conocer su identidad. Pero hay cosas que son inevitables. Como me negaba a moverme de aquel sitio bajo los fuegos artificiales, uno a uno los presuntos muertos se acercaron a saludarme. De pronto vi al mundo desde la perspectiva de los muertos. En sólo un parpadeo me encontré acostado en mi féretro. Los vivos llegaron a presentar sus respetos. La muerte es un estado de vergüenza. La vergüenza del pesar o

humillación que se hereda a nuestros vivos. Vi a Mamá llorar con mucha dificultad porque siempre dijo que los hijos nacimos para soportar la muerte de los padres, pero los padres no nacieron para soportar la muerte de los hijos. Vi a Papá, quien tan pronto se asomó cerró los ojos y se retiró para evitar llorar frente a los demás. Escuché el grito de Tía. Tía melodrama y aspavientos. No me extrañó su reacción. Siempre fue así. Hermana no se acercó. Está con la difícil tarea de la logística funeraria. No hace falta que se asome a la caja porque sé, aunque no exprese ni diga nada, lo que piensa y siente. Siempre fuimos así. Aparentemente inexpresivos. Nunca nos abrazamos en los cumpleaños ni en las fiestas porque sabíamos que se sobreentendían las cosas. Nos bastaban los deseos y las palabras que cruzábamos por ósmosis. Y ahora, en aquella ilusión mortuoria, no esperaba que las cosas cambiaran. Sabía que ella era quien debía tener la mente fría. Y aunque no lo quisiera, debía hacerse cargo de aquel funeral. Entonces llegó Abuela, a paso lento y con ayuda. Mostrándose más frágil y pálida de lo normal, ocultando sus ojos detrás de unos lentes de sol tan oscuros que parecían sus propias cuencas. Asomó su rostro cadavérico a mi féretro y cambiamos de lugar. Ella se quedó en la caja y yo frente a ella. Encontré en su frente aquella oruga negra haciendo nido, preparándose para la

metamorfosis. Comprendí que la víctima de aquel año sería Abuela. La tenebrosa fantasía mortuoria se disipó de mi cabeza y me regresó a la celebración de año nuevo. Me encontré bajo las luces de los fuegos artificiales abrazando a Abuela y deseándole un feliz año nuevo, a pesar de la oruga en su frente. Cuando terminó el abrazo me sentí de pronto solo, vacío. Abuela se retiró y siguió abrazando al resto de la familia. Yo seguí estático. A pesar de mi presagio de año nuevo y el reconocimiento de su víctima, la inquietud desapareció de inmediato, dejándome inexplicablemente con una calma anormal. "Este año alguien va a morir", me dije en un tono resignado. Y una vez saqué de mi cabeza esa trágica idea, no me quedó más remedio que ir a hacer el brindis de año nuevo con toda la familia, para que nadie sospechara de mi visión.

Michelle Recinos

S/T[3]

Mis calcetines seguían mojados. A mamá no le gustó nada y otra vez me gritó para recordarme, como si yo no lo supiera, que no fue buena idea meterme en la fuente con los zapatos puestos. Perra, pensé mientras me gritaba. En la película que vi el otro día se decían perra para mostrar que estaban molestos. Perra.

De haber sabido que usaría los calcetines hoy no me habría metido a la fuente. Desde que llegamos al hotel supe que sería una reunión horrible. Terrible, como dice la abuela. Lo único bueno que vi fue la fuente que más parecía piscina en toda la pared del salón. Mi prima se veía más fea que de costumbre. Papá me obligó a entregarle nuestro regalo y al hacerlo noté que el vestido blanco la hacía ver más pálida y gorda. Su madre se excedió con el maquillaje que le puso: sudaba y su rostro parecía de cera derretida. Me arrancó el

3 Este cuento es parte del libro *Lados B: voces nuevas de la narrativa salvadoreña, vol. 1*. Editorial Los Sin Pisto, El Salvador, 2019.

regalo de las manos y ni siquiera me dijo gracias. Perra.

Nuestra mesa estaba en el rincón donde se servía el buffet. Esto es obra de tu hermana, dijo mamá. Papá no escuchó porque parecía entretenido en el vestido de una invitada. Tenía hambre pero no de las cosas que servían en el buffet. Los de la mesa de al lado no sabían cómo comer lo que tenían en sus platos, pero le dijeron a mi tía que era lo más delicioso que habían probado. Saludó a papá, me dijo que me veía bien y pasó de largo.

Salté de mi silla y caminé por todo el salón. Sonaba una versión en italiano del Aleluya que me obligaban a cantar en la iglesia. Los invitados se ponían más gordos y feos y las invitadas más estiradas y feas a medida me acercaba a la mesa donde estaban mis tíos y primas. Llegué a la fuente. Era hermosa, tenía un león de cemento que escupía un chorrito y varios angelitos con cántaros de los cuáles también emergían chorritos. No dejaba de verlos. Un hombre que parecía detective privado hablaba al fondo. Anunció que alguien muy especial llegaría en unos momentos. Escuché que mi prima gorda comenzó a quejarse por algo. A lo lejos porque yo estaba fascinada por la fuente.

Escuché aplausos. Yo noté que al fondo de la fuente había estrellitas doradas. Eran

las estrellas más hermosas que había visto. Las personas aplaudían con más fuerza. Alguien salió al salón. Los de la mesa de atrás se pararon. Aproveché la situación para meter una pierna entre las vigas que rodeaban la fuente. Demos la bienvenida a Tío Paquito, anunció el detective privado. Sentí el agua hasta los tobillos. Me agaché, metí la otra pierna y ya estaba dentro de la fuente. Los calcetines estaban empapados.

Levanté la vista. Alguien empujaba una silla de ruedas al centro del salón. Era Tío Paquito con su traje amarillo, como el que usaba en la televisión. Parecía dormitar. El detective dijo que Tío Paquito estaba feliz de acompañar a mi prima en su primera comunión. Las personas aplaudían y sacaban sus cámaras digitales para captar al viejo. La música era estridente y aun así el Tío no se movía. Comencé a recoger las estrellas del suelo de la fuente. Tenía 10 en la mano cuando vi que un tumulto rodeó a Tío Paquito. Mi tía sentó a la gorda de mi prima en las piernas del anciano. Todos tomaban fotos y aplaudían.

Como estaba agachada pude ver la expresión del Tío. Su rostro, que antes era de descanso, se crispó en una expresión de dolor. Abrió los ojos grises como quizá no lo había hecho en mucho tiempo. Imagino que quiso gritar. Quizá lo hizo pero nadie le escuchó. Mi prima se acomodó en las

rodillas del viejo y, lo prometo, él se puso a llorar. Sin lágrimas porque quizás los viejos ya no tienen lágrimas, pero sé que se puso a llorar.

A mi prima le siguieron una decena de niños. Dos hermanas se sentaron en sus muslos. El detective no dejaba de repetir que el Tío era amigo de los niños. El tumulto comenzó a dispersarse y el Tío dejó caer la cabeza en su pecho. La música no cesaba.

Salí de la fuente y corrí hasta mi madre. Algo le pasa al Tío, le dije. Me mandó a jugar. O a ver al propio Tío. Volteé en esa dirección: un hombre obeso sentó a su hijo en el regazo del anciano. Sacaron fotos. Alguien más posó a su lado. El detective dictó un número de teléfono para contrataciones. El viejo no levantaba la cabeza. Mi tía vino a invitarnos a que fuéramos con el Tío. Algo le pasa, le dije. Me besó la mejilla y dijo que me parecía a mi madre. Volví a la fuente.

Llevaba 25 estrellas cuando un grito ahogado invadió el aire del salón. El tío ha muerto, aulló un hombre. Mi prima gritó. Su hermana gritó. Todos comenzaron a gritar. Mi papá llegó hasta la fuente y me sacó. Él no dijo nada por mis calcetines. Me llevó a la recepción y me contó una historia para que olvidara lo que acababa de pasar.

Saqué las estrellas del bolsillo de mi vestido y a él le parecieron bonitas. Me trajo a casa. Puse las estrellas en un frasco vacío de café.

En la tele anunciaron la muerte del Tío Paquito. Mi mamá buscó otros calcetines para que los llevara al funeral. Papá dijo que la tía se sentía culpable por el asunto. Me pidió que fuéramos porque estábamos ahí, dijo. Cuando tuve los calcetines conmigo le pregunté a mamá por qué habría de ir yo. No me senté en su regazo, le dije. No contestó. Le dije que quería vomitar. Tampoco contestó. Yo no me saqué una foto con él, dije. Me obligó a ponerme las calcetas. Dijo que quizá saldría en la televisión. Quiero vomitar, le dije al final.

César Yumán

YIHK[4]

La historia de este cuento es peculiar, pero sumada a la de su autora, Luloah Yihk, aunque ese es su nombre artístico, se hace un tanto hiperbólica. Desde niña le gustó escribir, pero la fama que obtuvo no fue por eso, sino por ser actriz porno. De hecho, era lo que se denomina comúnmente en occidente como pornstar y fue precisamente esto lo que quizás, de una manera lejana, marcó sus pasos literarios.

Debo aclarar que no la conocí directamente, me enteré de su historia al ser jurado del concurso literario donde quedó finalista Nashaly, convocado para autores africanos por una editorial inglesa. Desde luego, me pareció un cuento bizarro y sobresaliente, por eso hice todo lo posible para que quedara en primer lugar. Sin embargo, el resto del jurado no estuvo de acuerdo, ya que el certamen literario estaba comprometido, pues la editorial que lo convocó quería impulsar

4 Este cuento forma parte del libro *Antología menor*, del guatemalteco César Yumán, coedición de Editorial X de Guatemala y Editorial Los Sin Pisto de El Salvador, 2019.

la carrera de dos de los «autores de la casa». Eso me obligó a renunciar a mi papel de jurado. Insulté a todos por correo electrónico, pues en esa época yo radicaba en Seúl y no dejaba que alguien conociera mi rostro.

Desde ese momento me desentendí del certamen, pero inesperadamente mis argumentos tuvieron algún peso, ya que volví a saber de Nashaly luego de que se diera a conocer el fallo y el cuento recibiera el tercer lugar. Su autora resultó ser Luloah y eso causó que la editorial obtuviera nuevos lectores y autores; también que algunos lectores y autores se alejaran. Recibí muchos mensajes insultándome y retándome por parte de la editorial, me culpaban por la baja de sus ventas. No contesté a ninguno, me pareció estúpido. Dejé correr los meses intentando olvidarme del asunto, pero llegó un momento en el que no pude expulsar ese cuento de mi cabeza. Busqué información sobre Luloah y encontré su biografía fantasma, en la cual destacaban algunos datos y una visita muy peculiar que, al parecer, únicamente llamó mi atención; jamás supe que alguien la mencionara.

Iniciaba haciendo énfasis en que ella pertenecía a una familia acomodada de Accra, capital de Ghana, y que se había dedicado a la pornografía como una manera de llevarle la contraria a su familia ultra religiosa, aunque

no aclaraba la religión que profesaba. Además, como mencioné antes, hacía referencia a una visita a las playas donde el primer mundo estaba [está] construyendo un apocalipsis. Creo que de allí surgió el cuento. Por último, señalaba la fecha de su muerte en un accidente automovilístico luego de la filmación de su último largometraje, el cual había sido producido por ella misma y que había titulado La brecha, el cual jamás se estrenó. Asimismo, me resultó extraño que muriera poco después de que se le otorgara aquel tercer lugar.

NASHALY

La lluvia disfraza los gemidos de placer de sedosas mujeres y alimenta muchísimas mentes artísticas, quizás las más brillantes, las que se condenan en lapsos melancólicos.» Esos pensamientos jamás hubiesen tocado a Keitha. Él era un chico melancólico, pero nada tenía de artístico. De hecho, él no sabía algo de arte, aunque siempre deseaba tener una estética distinta en su carne. Frecuentemente se sentía feo y ese sentimiento de incomodidad se alargaba en horas que pasaba viéndose al espejo sin llegar a verse como deseaba, esencialmente porque su espejo apenas era un pedazo que no llegaba a tener siete centímetros

de ancho ni de largo. De igual manera, su apariencia no importaba mucho, pues casi no hablaba con los demás y todos a quienes frecuentaba, al igual que él, andaban sucios y desarreglados; pudriéndose. Por eso llamó mucho su atención Nashaly, una chica de unos catorce años que estaba evidentemente embarazada. La encontró inerme, silenciosa, entre las montañas de basura que las empresas de electrónicos de Europa y Norteamérica arrojan en Ghana. Para esos años, este país ya estaba siendo utilizado como pozo ciego.

Desde hace mucho se volvió algo común la llegada de furgones y furgones de basura traídos en barcos que simulan criaturas míticas y que todos esperan con ansias y desprecio. Aunque no parezca posible, las personas ya han perdido varios ríos, en especial uno que serpenteaba con tanta vida que muchos creían que en cualquier momento podía salir de su cauce y deslizarse sin rumbo fijo. Igualmente, han desaparecido kilómetros y kilómetros de playas que ahora son solo depósitos de electrónicos inservibles. Desde la lejanía se mezclan y todos los basureros figuran uno solo, inmenso, donde sombras que aún son humanas recorren en busca de algo para sobrevivir; cada vez se suman más apariciones a esas búsquedas sobrenaturales e infrahumanas.

Nashaly era una chica que bajo ningún punto de vista podía ser igual a los demás pobladores de la zona, pues llevaba ropa inmaculada. Ella estaba con el viento enredado en su cabello rizado cuando él la vio sobre una colina de computadoras y televisiones desquebrajadas. A Keitha no lo atraían las chicas, sin embargo, no pudo evitar el deseo de verla más de cerca. Su silueta destacaba en esas estepas de ratas hambrientas.

Tras aproximarse muy lentamente ella lo vio y permaneció taciturna. Él le dirigió algunas palabras; ¿qué haces aquí?, ¿cómo te llamas?, ¿a quién esperas?, ¿no te da miedo esta soledad?, tal vez… es difícil saber cuáles fueron. Ella, tras un rato, susurró que esperaba la lluvia de luz.

Keitha había escuchado la leyenda de la lluvia de luz desde hacía años; pero él, como todo joven ghanés, creía que más que una leyenda era un mito. Aunque no sabía el significado de mito. Ella, al contrario, se entregaba a la idea de que era una verdad indiscutible; por eso le contó que se sentaba todas las tardes a esperar aquella lluvia, que pronto llegaría cuando el día se extinguiera y las estrellas abrieran los ojos. A Keitha todo eso le pareció muy extraño, creyó que estaba loca y que su ropa blanca tal vez significaba que había escapado

de un manicomio. Sí conocía los manicomios, todos los niños y jóvenes sabían que allí eran llevadas las personas que perdían la razón para ser asesinadas. En ningún momento se les ocurría que allí podían recibir algún tratamiento. Hacía años, un amigo suyo fue llevado a un manicomio y nunca regresó, y nunca preguntaron por él.

Contrariamente a todas sus sospechas, Keitha desde ese primer encuentro, la acompañó muchas veces, allí, al atardecer, mientras quemaba las fundas de plástico de los cables que encontraba tirados para extraer metal y venderlo y así conseguir un poco de dinero. En ocasiones tosía demasiado y creía que eso podía molestarla, al igual que el humo. Pero ella nunca le dijo algo al respecto, solo lo veía y frecuentemente, sin ningún motivo aparente, soltaba su llanto.

En Ghana, la población pobre es mayoritaria y la más pobre es la que vive de la basura y de los desperdicios del primer mundo, al igual que tantos países tercermundistas. Muchas empresas, de las más grandes del planeta, mandan sus desechos a este país y lo destruyen en muchos sentidos. Uno de los principales es el daño que le causan a los pulmones de las personas, pues estas necesitan extraer el metal y la mejor manera de obtenerlo es quemando

el plástico; es lógico que todo se convierta en un círculo vicioso, ya que el metal que sacan de la basura regresa a los países en desarrollo o a las potencias y estas envían más basura que las fábricas, las instituciones y los hogares comunes ya no necesitan o consideran que ya no necesitan. La excusa más utilizada para enviar sus desperdicios es declararlos mercancía de segunda mano y afirmar que pretenden disminuir la brecha digital entre el primer mundo y el tercero.

Continuamente se ve pasear a la muerte sobre esos campos famélicos y destruidos, pues sin legislación efectiva que las proteja, las personas como Keitha están condenadas; su salud es pésima y su vida no tiene mayor sentido que despertar, sacar las cosas de la basura y venderlas para conseguir algo de comer; son muy pocas las que piensan en educarse o en vivir algo mejor. Muchos ni siquiera tienen la noción de que podrían tener algo distinto, por eso es que él se sorprendió al ver a Nashaly allí, sobre una montaña de basura, asechada por roedores venenosos, esperando la lluvia de luz, vestida de blanco.

Desde los primeros crepúsculos, la vio ajena a ese ambiente pre-pos-apocalíptico, posiblemente fue eso lo que lo empujó a acompañarla. Siempre volvía luego de buscar metal en los desechos y la encontraba

allí. Con el tiempo dejó de quemar cerca de ella los cables y las piezas de plástico que encontraba para sacar el cobre, lo hacía antes y en otro lugar. No deseaba perturbarla, ni dañarla, pues el humo surgía como del cigarrillo que fumaba un gigante huesudo y despiadado. También, con el transcurrir de los días, se dio cuenta cómo crecía el vientre de esa chica metida en un vestido quizás demasiado grande para ella. A veces pensaba, que si le atrajeran las mujeres seguramente se hubiese enamorado de Nashaly, pero qué sabía él del amor; aún tenía mucho que sufrir, creía.

Cierta tarde, cuando el cielo era lívido, justo antes de cerrarse en una noche profunda, hablaron de la lluvia de luz que ella esperaba. Hasta entonces solo habían conversado un poco de sus orígenes, siempre evitaban ser precisos, eran conversaciones extrañas. Sin embargo, esa tarde ella le dijo que el cielo anunciaba que, la siguiente puesta de sol, la lluvia de luz sustituiría al crepúsculo. Keitha dijo que volvería a acompañarla. Para ese entonces ya había transcurrido más de un mes desde su encuentro inicial y ella ya tenía al menos tres meses o cuatro de embarazo; su delgadez hacía difícil saber cuántos exactamente, ya que no se alimentaba lo suficiente. El viento que enfriaba sus huesos hizo que ambos

permanecieran callados por algunos minutos, hasta que observaron a dos hombres que se acercaban ebrios y harapientos hacia ellos; parecían ogros que alguna vez fueron humanos y que en algún tiempo distante dejaron su piel… Deseaban abusar de Nashaly, arrancarle la ropa y mancharla con la circulación de sus fluidos tóxicos, pero ella tomó uno de los trozos de metal que había recolectado Keitha y le cortó la cara a uno de los agresores que emitían un olor a desesperación y sexo hemofílico. El chico pudo reducir a golpes al otro, él alcohol los había consumido. Después se dirigió al que tenía la barbilla cortada y también lo atacó, lo desquebrajó a patadas, lo mató y todo quedó en silencio.

Dejaron ambos cuerpos tirados y se fueron caminando encima de la basura, agitados, atravesando el chillido en coro de las ratas que adormecía la noche. Ella le contó que solo se defendió por instinto, pero que contra los dos no hubiese podido hacerlo. Esa es la misma razón por la que estoy embarazada, explicó a Keitha. Él se quedó callado, recordando y empuñando las manos. Una noche, no pude escapar, ya me había escabullido muchas veces, desde muy niña y siempre había tenido suerte, pero una maldita noche la suerte se me acabó, le contaba. Yo dormía y tres espectros ebrios, deformes, derribaron la pared de lata

y cartón de mi hogar. Allí dormía yo con mi hermanita y mi madre. Mi madre vieja y mi hermanita murieron, no soportaron tanta brutalidad. Yo sobreviví y aquí me encuentro esperando la lluvia de luz. Keitha solo la escuchó y la acompañó por calles y callejones aterradores hasta que llegaron al lugar tan miserable y vacío donde dormía Keitha con sus cinco hermanos y su madre. No sé dio cuenta que se encaminaban hacia allí. Él le pidió que se quedara o que la acompañaría a donde ella quisiera y ella solo le sonrió y se fue caminando entre la suciedad que corría líquida entre esas covachas hacinadas. Él no fue capaz de moverse, su sonrisa lo dejó perplejo.

Cuando Keitha despertó, no pudo evitar recordar la leyenda de la lluvia de luz. Según le contaron, la lluvia de luz era un regalo de los dioses, no tenía muy claro cuáles, pues la religión no era algo que él, su familia, ni nadie que conociera siguiera en ese rincón de inmundicia. La lluvia le daría lo que más deseaba a quien la recibiera. Si alguien deseara felicidad, sin duda se la daría. Si alguien deseara salud, también la recibiría. Si alguien deseara dinero, eso sería algo fácil. Incluso si alguien deseara alargar su vida, sería posible. Por esa razón, Keitha se preguntó después de tantos días de acompañar a Nashaly, qué era lo que

ella deseaba. Se lo preguntó e intentó revisar en sus recuerdos, en los recuerdos de sus conversaciones, pero no pudo encontrar siquiera un rastro. Más tarde, cuando salió de casa a vender el poco metal que había recolectado los últimos días, no pudo ser fuerte. Se dejó llevar por otros recuerdos que lo vinculaban amargamente con ella. Esos se los contaría esa tarde, quizás la haría sentir mejor al no ver la lluvia de luz, pues él tenía la seguridad de que no pasaría de ser otra puesta de sol como las anteriores.

Después del mediodía, se dirigió a recolectar más metal, los niños más pequeños parecían animales carroñeros que buscaban donde los grandes ya habían pasado. Hasta no hacía mucho, Keitha tampoco era fuerte y tenía que ser un carroñero, pero ahora que había crecido súbitamente y su voz había cambiado podía hacerles frente a los otros adolescentes y poder conseguir así el material tan preciado. Además, no solo los jóvenes buscaban metal, también hombres viejos armados y mujeres, muchas de ellas ancianas, que no podían encontrar otro medio de subsistencia. Sin los ríos que yacían desaparecidos bajo la basura, la vida en Agbogbloshie había cambiado demasiado; si bien nunca fue un lugar de gente con poder adquisitivo, nunca había sido un lugar con tanta muerte y miseria.

Cuando el cielo se anunciaba más congestionado de colores, Keitha renunció a la búsqueda de metal; todo era plástico, sangre y desperdició. Un niño había sido aplastado por una montaña de basura. La gente no hizo más que llorar y dejar el cuerpo sepultado. Keitha también lloró, no culpó a nadie, pero la presencia de Nashaly le decía que tal vez la vida podía ser mejor, que la vida tenía que ser mejor que estar allí arrojado en ese fin del mundo en expansión, que la vida tenía que ser mejor que la marca absurda en la memoria de un abuso. Keitha era solo un niño de cuatro o cinco años cuando dos hombres, como los que habían asesinado la tarde anterior, utilizaron su cuerpo para expulsar su frustración genital y descargar su furia de alcohol. Eso lo selló y perturbó en muchos sentidos y a veces lo único que deseaba era desaparecer, desaparecer y ya no lidiar consigo mismo y con los problemas de una nación que era destruida por manos propias y lejanas.

Llegó al lugar de siempre, un poco más tarde de lo usual. Vio a Nashaly parada en la distancia. Ella le sonrió y él también lo hizo… extrañamente no se percibía otra persona o animal en los kilómetros y kilómetros de basura que los rodeaban. Cada paso que daba parecía no acercarlo… la lluvia tardó solo unos segundos. Corrió

hacia ella y ella se desvaneció entre la luz. Entonces, Keitha, se quedó quieto y escuchó cómo el mundo volvía a recobrar su respiración. Vaya, entonces ella deseaba lo mismo que yo, musitó.

Luis Contreras

JARDINES[5]

Estoy acostado en la cama, con la misma postura en la que, hace tres horas, me dormí (en el lado izquierdo). Estiro la mano… nada. Es domingo: el peor día.

Me siento en la orilla y busco mis zapatos. No los encuentro. Veo el cenicero sobre la mesa. Lo paso cerca de mi nariz cuatro veces. Recojo mi pantalón, me lo pongo y voy a la cocina por ron con café. Carolina no está.

La conocí hace cuatro años (cuando trabajaba para pagar la Universidad). La invité a salir luego de doce meses. Aceptó. Fuimos al billar. Fue agradable jugar a los triángulos con ella, nunca había llevado a una chica al billar.

—¿Por qué fumás? –me pregunta.
—¿Por qué fumás vos?
—Yo pregunté primero –contesta enojada.
—Para soportarte.

5 Este cuento forma parte del libro *Lados B, voces nuevas de la narrativa salvadoreña, vol. 1*, Editorial Los Sin Pisto, El Salvador, 2019.

Ojalá sepa que es broma.

—¿Por qué fumás? –vuele a preguntar.

—¿Y vos?

La veo. No contesta. Ni vuelve la mirada.

—Deberías dejar de fumar… pero, al final, es tu problema.

Mis zapatos están en la sala. La radio está encendida. Ella podría estar en el jardín: lo riega los domingos. Salgo al porche y veo que todas las flores desaparecieron. Entro a la casa y voy al baño. Tampoco. Camino hacia la cocina por más ron. Paso al cuarto por un cigarro y no encuentro la cajetilla. Busco debajo de la cama, solo encuentro un libro: *Atlas descrito por el cielo*.

—¿Dónde están mis cigarros, *Enciclopedia Serpentiana*?

Nadie contesta. Alguien toca la puerta. Carolina. Voy y la abro.

—Buenas. ¿Tienes tiempo para la palabra del Señor? –es un viejo con una camisa celeste y pantalón blanco.

—Olvidé que ahora es su día –contesto.

—Todos los días lo son, hijo mío.

—Yo me refiero al señor Mijael.

—¿Quién es el señor Mijael? –pregunta, extrañado.

—Yo –sonrío.

Me mira seriamente con sus ojos, que parecían de lobo, aunque en reali-

dad todo su cuerpo indicaba que era, más bien, un conejo.

—¿Tienes tiempo para la palabra del Señor? –repite.

—Estoy buscando a mi mujer. También los cigarros se me han perdido.

—No hay problema. Ya habrá tiempo para hablar de su palabra. Ahorita las prioridades.

—Que el Señor lo acompañe –contesto.

—¿Cuál de los dos?

Le cierro la puerta de golpe.

Aparto las cortinas para ver por la ventana. Lo examino de pies a cabeza mientras camina. Se va por allá, por donde viven los Kangra. Al otro lado de la calle, diviso a Carolina con unas bolsas. Viste un pantalón suyo (corto), una camisa mía y sus botas café oscuro. Sonrío en silencio. Comienzo a buscar la cajetilla de nuevo y, un momento después, ella entra.

—Fui al mercado –cierra la puerta–. Traje para el almuerzo y *whisky*.

—Sabes exactamente qué ir a comprar al mercado –le digo, y se sonroja.

—Iré a guardar –dice. Me da un beso simple antes de ir a la cocina, de esos besos que se parecen al pan dulce espolvoreado de azúcar fina. Es como si no existiera ni soplase el viento cuando sale: no se ha dispersado el azúcar de sus labios, tampoco la canela y el café de su pelo, mucho menos el calor de su cuerpo.

—Por cierto, ¿has visto la cajetilla de cigarros? –le pregunto.

—Sí, toma. Yo me los llevé –agarro la cajetilla, y se va.

—Algo más –digo, alzando la voz–: ¿Qué le pasó al jardín? ¿Ya lo hicieron? ¿Tan rápido? ¡No me lo esperaba!

Ella no responde.

Destapó el *whisky* a las cuatro. Le volví a preguntar por las flores. *Ayer* [sic] *no podía dormir*, me dijo. Después que la película terminara (3 AM), salió al porche a fumar con la Luna. Nos gusta cómo se ve el humo con la Luna, sobre todo cuando cubre a la noche siniestra con plata y se prenden los fuegos. Dijo que vio el jardín, que le pareció hermoso cómo había quedado.

—Bonitas flores, Caro.

Era Herrero, ella botó el cigarro del susto.

—¡Ah, criatura! ¿Qué hacés a estas horas? –dijo, encendiendo otro.

—Nicolás no para de llorar, creo que quiere decirme algo –Herrero tiene un niño de dos meses.

—Entiendo.

—Sí. Me puse a hacer limpieza y, frente a las ventanas, miré tu jardín. Te vi y quise salir a verlas de cerca.

—Están bonitas. Él me las compró. Las sembramos ayer, por la tarde.

—¿Podrías regalarme algunas? Enredado en mis sueños encontré la Inscripción y ahora no tengo muchos quehaceres: hasta para ser padre tengo tiempo. Podría pasarme el resto de la vida arreglando el jardín, pero algún día definitivamente me iré…

—Ah… Sí… Claro. Agarra las que quieras.

Herrero empezó a observar detenidamente las flores, de espaldas a ella, que le da severas caladas al cigarro para entrarse lo más rápido posible.

—Está helado, mejor entro a dormir un rato –bosteza–. Me está dando sueño. Agarra las que quieras –le dio la última calada, lo tiró y pateó.

—Saludame a…

—Sí, yo lo saludo. Buenas noches.

—Buenas noches, Caro –dijo Herrero al cambiar de estatura. No más alto, para llegar a las estrellas, sino más pequeño, para escoger las flores con el polen más microscópico.

Ella regresó al cuarto a dormir, en su lado de la cama.

Así pasaron las cosas, me dice. Ya compraremos más flores para que vengan los Pavic a pedirnos que les demos algunas, son los únicos que faltan, le digo.

Los jardines de los Vid, los Paolo, los Idris, los Hamid, los Orfelín, los Ridruejo,

los Hartman, los Palladio, los Vásquez, los Saed, etcétera, ya están llenos de flores de todos los colores. Flores que nosotros compramos y que algún tiempo estuvieron en nuestro jardín.

—Las compraremos la próxima semana –le digo.

—Está bien –me dice, mientras sirve los últimos tragos de *whisky* a cada uno.

—Hubieras comprado una botella más, o mejor dos.

—Imaginé que con esta iba a alcanzar –agarra su cigarro.

—Imaginaste mal, cariño.

Le doy un beso (no tan simple) y me quemo el brazo con su cigarro. Alguien toca la puerta. Antes de ir a ver quién es me detengo frente al espejo para mirar la quemada.

—¿A quién busca? –digo, antes de abrir.

—Buenas tardes, hijo. ¿Tienes tiempo para escuchar la palabra del Señor?

—Tiempo, sí. Ganas...

Silencio. No escucho pasos que se alejen. Cuento hasta siete con los ojos cerrados y abro.

—Volveré otro día. Ese día sí tendrás tiempo y ganas, ¡te lo aseguro!

—No puede asegurarlo.

—–Mierda! ¿No puedes callarte de una puta vez? ¡Adiós! –sonó un poco enojado.

—Que le vaya bien. Que el señor lo cuide.

—¡¿Cuál de los dos?!

Le cierro la puerta en la cara de golpe. Antes de regresar con Carolina, veo por la ventana. Lo escucho alzar un poco la voz:

—¿Así me respondes? ¡Solo estoy tratando de ayudarte! –se pega en las rodillas y se le caen los lentes.

—¿Quién era? –me pregunta Carolina.

Me quedo callado y miro sus ojos oscuros. Son los ojos más oscuros que he visto en mi vida. No son serpientes ni zorros, mucho menos conejos, simplemente son sus ojos.

—Un señor.

—¿Qué quería?

—Que habláramos de su palabra.

—Esta gente cada vez está más loca –me dice.

Tiene razón.

Se fue a dormir hace una hora, mientras yo leía. Quisimos ir a comprar otra botella, pero ninguno se levantó del sofá. Son las nueve de la noche. Entro al cuarto y la beso en la frente. Me meto a la cama y me acuesto, en mi lado.

Respiro. Cierro los ojos. Los abro y veo que la ventana ha quedado abierta. Me levanto para cerrarla y veo al hombre,

ahora de camisa negra con pantalón blanco, tocando la puerta Sasha y Cartógrafo: nadie le abre.

Da media vuelta, camina y llega a la acera, donde observa para todos los lados posibles. Agarro el cenicero y lo paso por mi nariz tres veces para olerlo más o menos bien. Cruza la calle y se queda parado, mirando nuestro jardín. Después, levanta la cabeza hacia la ventana. Cierra los puños y me mira fijamente. No alcanzo a ver su cara, como si fuera difuminada. Yo también me le quedo viendo, hasta que él empieza a caminar, alejándose poco a poco con su andar medio sigiloso, medio sublime.

Se fue por allá, por donde vive la Muerte.

Mauricio Orellana Suárez

UNO[6]

Se barajan las cartas y se reparten siete a cada jugador. El resto de cartas se coloca boca abajo en el centro de la mesa formando el Montón. Se gira la carta superior del Montón y se coloca al lado del mismo, boca arriba; servirá como Pila de Descarte (cartas de las que los jugadores se van deshaciendo).

Mi hermana Mily viene a decirme que los recibos de luz y teléfono se vencían ayer, y me pide de favor que en una de mis pasadas por el centro comercial los pague con recargo, no vaya a ser que suceda como el agua: se nos olvidó cancelar el recibo del agua y ahora estamos sin una gota. Pero eso es de resolverlo más tarde luego del juego para el que nos hemos reunido como ya es costumbre en nuestros cómodos muebles de comedor cuyas módicas cuotas no hemos terminado de pagarle al almacén.

---

6 Este cuento, del director y editor de Editorial Los Sin Pisto, también aparece en el libro *Sonrisa artificial*, editorial La Chifurnia, El Salvador, 2019.

Los jugadores estamos presentes: mi hermana Mily, mi primo Juan (quien vive con nosotros desde la muerte del tío Juan Grande y la tía Emilia Posada: un bárbaro atraco en la carretera a Las Chinamas, ya llegando a la frontera, en el que se supo después que había policías involucrados y ahí murió el asunto); su hermana Lucía (de nueve años), mi madre (viuda desde hace dos: a mi padrastro le pidieron el celular en el bus, se negó y ahí también murió todo), y yo.

Mama Nuria, la abuela, se mantiene al margen, regañándonos y entorpeciéndonos el juego a cada momento: que si inútiles, que si haraganes, que si las cuentas, que si el timbre, que si el teléfono… Le decimos que dé gracias a Dios de que no somos de los vagos y así la callamos del todo.

Empieza la partida el jugador que se encuentra situado a la derecha del que ha repartido, echando una carta de su mano que coincida en número, color o símbolo con la carta que se giró para formar la Pila de Descarte. Por ejemplo, si dicha carta es un 7 rojo, el jugador debe echar una carta roja o un 7 de cualquier color. También puede descartarse de un Comodín –que vale como cualquier carta según el gusto–. Si en algún momento de la partida un jugador no puede jugar ninguna de las cartas de su mano por no coincidir con la última

de la Pila de Descarte, está obligado a robar una carta del Montón, pudiéndola jugar inmediatamente. Si esta carta tampoco coincide en número, color o símbolo con la última de la Pila de Descarte, se quedará con la carta y el turno pasará al siguiente jugador.

El juego me lo encontré en el escaparate de una tienda de juguetes llamada Juguetón. Buscaba un regalo navideño para mi pequeña prima y de pronto el llamativo cartoncito se me interpuso entre una imitación de Barbie y un jueguito de té muy mono. Empecé a curiosear el cartoncito rojo y a leer las letras amarillas del reverso: El juego de cartas familiar N°1 en el mundo. ¡Vaya pretensión!, pensé. Luego solicité al dependiente una explicación detallada de las reglas del jueguito, y debo confesar que el entusiasmo con el que el joven emprendió la tarea me contagió de tal forma que pedí permiso para abrir la cajita y escudriñar detenidamente las cartas. Una vez en mis manos, ya no hubo vuelta atrás. Es de Mattel, remató el dependiente, y no lo pude resistir.

«*¡Jugar uno® es fácil! ¡Y tan divertido que cuando aprendas, no podrás dejar de jugar!*»

Era una advertencia en serio. Sin embargo, en su momento la intención no pasaba de ser una inocua alternativa para pasar el tiempo libre jugando en familia, alejados de ese pernicioso aparato televisivo con cable y todo que tanto contribuye a volver disfuncionales a las familias, según lo había leído recientemente en un artículo de la Muy interesante con que había matado el tiempo de espera en una clínica odontológica de la Urbanización La Esperanza, a la que toda la familia suele asistir a arreglar sus respectivas nada plácidas consecuencias bucales de desarreglos apetitivos, en los que la tele ha tenido que ver muchas veces; y apartados también del último repunte de violencia o peste que siempre sucedía ahí afuera al solo dar un paso más allá del umbral de la puerta.

Empezamos jugando los domingos por la tarde con la torpeza y la morosidad de los principiantes; pero muy pronto comenzamos a notar que la partida se prolongaba cada vez hasta más entrada la noche. Empezamos, pues, a desarrollar conjuntamente una gran afición por nuestra partida dominguera, hasta el punto en que esperábamos con ansias ver llegar ese domingo por la tarde para reunirnos en familia y sanamente olvidarnos de las penas, los asaltos, las deudas, las

factura, los estados de emergencia y los muchos infortunios.

Fue para esa época cuando a Byron, otro de mis primos, le mataron a la novia porque la muy desafortunada tuvo la desgracia de presenciar cuando uno de los vagos le disparó a un muchacho de escuela en el preciso momento que ella se dirigía a tomar el bus para ir con unas amigas a la playa. Apareció días después metida en una bolsa negra en el baúl de un auto que los vecinos denunciaron por desconocido y porque de él manaba un mal olor. La noticia hizo bulla en los periódicos. Lo que no se sabe de la historia es que la novia de Byron tenía a su madre y a su padrastro en los Estados Unidos, y que tan solo meses atrás había rechazado irse con ellos, y desde entonces vivía con sus abuelos en San Marcos. La razón por la que no se fue era, según me lo dijo Byron en confianza, que cuando estaba acá, su padrastro abusaba de ella de forma rutinaria, y no estaba dispuesta a irse para allá para seguir en las mismas. Quería un futuro mejor. El juego ayudó a Byron a superar el hecho. Fue de los primeros parientes que se vinieron a vivir acá a la casa.

Cuando un jugador juega su penúltima carta debe decir en voz alta ¡Uno!, para avisar al resto de jugadores que puede ganar en el

SIGUIENTE TURNO. SI NO LO HACE Y LOS DEMÁS JUGADORES LE PILLAN, DEBERÁ ROBAR DOS CARTAS.

Es como la vida, comentamos en una ocasión, luego de pasarnos en vela zambullidos en el juego. Efectivamente, a veces, como en la vida, te vienen malas manos y pésimas alternativas, mientras otros gozan de su buena fortuna, como cuando otros pueden irse con visa a los Estados y vos no. Pero todo puede cambiar en un instante: un golpe de suerte, una movida inteligente. O una tragedia que termine por dejarte último en el juego.

Muy pronto las sesiones fueron volviéndose rituales indispensables de terapia para lo que pasaba a los miembros de la familia allá afuera y de sobremesa posterior a las cenas de todos los días. Siempre había un juego más por jugar, y de uno en uno llegábamos a veces hasta la madrugada, lo que en ocasiones representaba un serio inconveniente para los parientes que vivían lejos y en lugares peligros, limítrofes, y debían partir incluso bajo los toques de queda impuestos por los mismos delincuentes. Entonces empezaron primero a pernoctar en casa y luego a quedarse varios días. Tíos, primos, nietos y sobrinos. El momento de despertarse y prepararse para ir a los respectivos trabajos o al colegio (en el caso de mi

pequeña prima) o regresar a los quehaceres domésticos (en el caso de mi madre y de quienes se quedaban en casa) se fueron volviendo cada vez más insufribles.

De pronto nos dimos cuenta de que las reservas económicas a las que todos en la familia contribuíamos eran suficientes como para proporcionarnos una temporada ininterrumpida de UNO® sin tener que perder más el tiempo exponiéndonos en las calles cada vez más peligrosas mientras se hacían las normales ocupaciones laborales que tanto nos aquejaban. Decidimos encerrarnos a jugar un torneo maratónico con solo pequeños intervalos para lo indispensable: las tres comidas, el sueño nocturno, a veces la siesta y el aseo personal. Hicimos cálculos y bajo las quejas de nuestra anciana Mama Nuria –vieja aguafiestas– rellenamos varias carretillas del súper y saturamos hasta el desborde la alacena, la refri y las bodegas con chucherías (churritos, platanitos, palomitas de maíz, bolsitas de maní japonés, papas colochas, gomitas y conga mix), papel higiénico y comida de preparación instantánea (sopas Maruchán™, pan de caja, jamón virginia y lascas de queso procesado). Nada podía parar nuestra partida maestra, cuya meta la fijamos de antemano en nada menos que ciento cincuenta mil puntos, que debía alcanzar quien se

agenciara el deshonroso último lugar en el torneo. Por eso todos en la familia se esmeraban en no perder en cada pequeña partida que se hacía.

Un jugador en su turno podrá decidir no jugar una de las cartas de su mano, aunque esta coincida en número, color o símbolo con la última de la Pila de Descarte. En este caso, debe robar una carta del Montón, pudiéndola jugar inmediatamente. Después de robar, solo puede jugar la carta que ha robado. Le está prohibido deshacerse de una de las cartas que tenía previamente en la mano.

⋆ ⋆ ⋆

Han pasado un par de meses desde cuando alcanzamos la meta de los ciento cincuenta mil puntos perdedores. Un juego nos ha llevado al otro. El juego sigue y se prolonga, no hay manera de parar.

La cómoda mesa de comedor en la que hicimos los pinitos en el juego ya no existe. No hubo forma de seguir pagando las cuotas con esto de que los ahorros familiares, contraviniendo lo que en un principio pensamos, no dieron para más. La ventaja es que ninguno de nuestros familiares ha sido ya más víctima de la perra delincuencia, que sucede cada vez más con otras familias de las que nos enteramos entre

juego y juego y alguna visita ocasional que recibimos: generalmente cobradores o repartidores de comida a domicilio, porque, además, ninguno de nosotros perdería su tiempo en eso de ir al supermercado para reaprovisionar las alacenas y la refri.

Trajeron el camión y se llevaron la mesa; pero no importa, porque ahora nos damos cuenta de que esas son cosas materiales y que carecen de importancia. Lo que importa es el juego. Este juego, no sé cómo, nos ha hecho volvernos desapegados con las cosas materiales y valorar la vida en familia. Nadie de nosotros la expondría allá afuera. Acá estamos seguros. Vemos muy bien la irrealidad de lo que sucede allá afuera. Y siempre hay alternativas para sustituir lo que no se puede mantener: tarjetas de crédito y eso. Por las noches jugamos con candelas (¿mencioné que nos han cortado la energía eléctrica, el teléfono, el agua y el cable desde hace una semana?). En fin, los empleos ya no son necesarios para los miembros de mi familia. ¡Los quiero tanto! ¡Este juego sí que ha unido mi la familia! Y además, no más responsabilidades. No más arriesgarse. Lo único que debe estar en el centro de nuestra atención es este juego divertido, apartarnos cada uno del peligro de acumular mucho puntaje y convertirse en perdedor.

Cuando duermo, sueño y tengo horribles pesadillas. Me veo jugando y llenándome de cartas altas de las que no puedo deshacerme (Mama Nuria, siempre inoportuna, dijo que eran las deudas). Yo no quiero perder. Nadie quiere, y quizás por eso el juego se prolonga indefinidamente. Cada vez que estamos por llegar a la nueva cifra preestablecida, surge de común acuerdo el iniciar una nueva partida que nos libre temporalmente del riesgo de ser el que más puntaje tiene. Así de solidarios somos acá.

⋆ ⋆ ⋆

La casa está prácticamente vacía y por ello el grito de ¡Uno! resuena mejor cada vez que un jugador se queda con una sola carta. No importa que nos estemos poniendo más gordos. No importa quién ganó las elecciones. No importa si la cárcava de al lado se hace más inmensa. Ni siquiera importaría que las amenazas del banco referentes a embargar la propiedad se hicieran realidad. O que las autoridades cumplan su plan de evacuación. ¡Ya veremos si nos sacan! Somos una familia numerosa, muy unida, una familia ejemplar. Excepto, claro, por Mama Nuria, que murió hace poco.

Fue su culpa, en realidad. Ella quiso quitarnos el juego y fuimos tras ella sin pensarlo dos veces. Por no fijarse por

dónde corría cayó y resultó con golpes serios. Pobre. Fue algo circunstancial que muriera. Ahora que lo pienso habríamos podido llevarla al hospital, pero supongo que pesó más la convicción colectiva de que esa habría sido una pérdida de tiempo que interrumpiría nuestro campeonato. Y como ni carro ni teléfonos tenemos ya, pues… Todos lo lamentamos, eso sí, y la enterramos en el patio tras una breve pero muy hermosa y emotiva ceremonia que cerramos con dos avemarías. No fue la primera. Ya había también terminado en nuestro patio un tipo que se metió de noche a la casa, de seguro a intentar apoderarse de las cartas de nuestro querido juego; ah, y un repartidor de pizza que olvidó los palitroques. Bueno, para resumir, este fue el primero de muchos. Digamos que nuestro patio se ha vuelto nuestra Pila de Descarte. Porque nadie, por ninguna razón, puede quitarnos nuestro UNO® ya gastado y obligarnos a exponernos allá afuera. Afuera está feo. En cambio acá siempre habrá otra nueva partida que jugar, un nuevo puntaje al cual temer, pero sin la amenaza de salir herido o muerto como sucede allá afuera.

¡Nos divierte tanto!

Empieza a jugar el jugador situado a la derecha del que ha repartido. El objetivo

es lograr el menor puntaje mediante cierta habilidad táctica y un poco de suerte. 108 cartas de vivos colores que proporcionarán horas y horas de incalculable y sana diversión para toda la familia.

Pedro Romero Irula

VENIDA DEL ESPACIO[7]

Blessed be (S)he who builds Heaven in Darkness!
Allen Ginsberg

Ester (Testimonio recogido tres meses después de la desaparición)

La costumbre era así: nosotras, las hermanas menores, nos encargábamos de llevar con engaños a los niños más pequeños de la colonia a nuestra casa, mientras los hermanos mayores se disfrazaban de monstruos y esperaban nuestra señal para atacar. Cuando escuchaban la serie convenida de toques en la pared, los dos, Josías y Job, bajaban por las gradas golpeando el piso de madera con escobas, vestidos con la ropa más horrible de la abuela, deformados por el maquillaje de mamá. Los niños se aterraban y gritaban escondiéndose donde pudieran y a veces hasta se meaban en los calzones, pero aunque nos tocara trapear a toda prisa,

7 Este cuento forma parte del libro *Lados B, voces nuevas de la narrativa salvadoreña, vol. 1*, Editorial Los Sin Pisto, El Salvador, 2019.

nos encantaba verlos así de desesperados; a ellos mismos también les gustaba, pues de lo contrario no habrían aceptado venir a jugar a la guarida de los monstruos día tras día, a pesar de las prohibiciones de sus madres, hartas de desvelarse todas las noches porque sus hijos temían que las bestias de la casa 33 lograran salir a la calle e invadir sus habitaciones.

Cuando sembramos el rumor de que podíamos controlar los monstruos a voluntad, los niños nos guardaron tanto respeto que jamás perdíamos en la mica ni en el escondelero y nuestro bando era siempre el ganador en los ladrones y policías. Nos odiaban cuando empezamos a cobrar tributos de canicas y de chicles, pero más podía el miedo de que los cazaran Josías y Job disfrazados de monstruos. La magia de la casa 33 era la más poderosa de toda la ciudad.

Pero todo se acabó cuando llegó a casa una niña de la colonia vecina. Como es natural, la retaron a enfrentar los horrores de la casa 33. Era una niñita rubia y delgada que parecía liderar a los demás, que la seguían con piernas temblorosas. Mi hermana y yo nos sonreímos al verla, pues creímos que la valentía que la niña mostraba era pura actuación, pero las horrorizadas fuimos nosotras cuando liberamos a los monstruos y la chica avanzó entre el griterío y le arrancó el ca-

misón negro a Josías y le limpió el maquillaje del rostro. *Bicha pendeja*, le gritó Josías mientras se cubría la cara, pero ya era muy tarde: todos los niños atestiguaron cómo se había roto el encanto. Poco les faltó para llevarse en andas a la rubia, que parecía casi brillar de alegría.

Y aunque la chica no tardó en mudarse a otra colonia muy lejos de acá, los niños nunca olvidaron su hazaña y ya no hubo para nosotras victorias en los juegos ni canicas ni chicles ni niños orinándose en el sillón favorito de mamá. Su magia fue más poderosa que la nuestra.

Ziggy S. (Testimonio recogido dos semanas después de la desaparición)

Yo estudié en ese colegio por doce años y lo único que me gustó fue meterme a los proyectos de voluntariado. Para el que ahora nos incumbe teníamos que levantar una iglesia en un pueblito del norte. No se trataba de algo más que un casco de casas en medio de la montaña, pero refulgían fuerte como plata porque las nubes volaban más abajo que el pueblo y la luz del sol golpeaba todo sin censura. Claro que eso era más bonito verlo con lentes oscuros y desde un bus particular que sentirlo en carne propia bajo

el sol de mediodía al cavar zanjas y mover piedras calientes como sartenes. A uno hasta le quedaba una costra incómoda, como si el cáncer de piel que en años futuros seguramente desarrollaríamos hubiese decidido brotar en ese momento como un musgo.

Disculpame si me extiendo: eran días felices. Yo me iba a caminar por los campos detrás de la construcción cuando terminaba el trabajo. Cuando ningún profesor podía verme, empezaba a fumar. Ahí me encontró Gracia. La saludé moviendo la cabeza y encendí otro cigarro. Me pidió que le vendiera uno. Le dije que se lo regalaba y se lo entregué. Me pidió que le enseñara a fumar. Le acerqué una llama y le indiqué que aspirara. La felicité por no toser. Me dijo que le gustaba el sabor. Creo que hasta le sonreí cuando le dije que se tragara el humo y que luego lo exhalara. Me sonrió de vuelta y el gesto me perturbó. Sonreía de manera preciosa, pero sus dientes apuntaban hacia todas partes. Nos pusimos a platicar.

Los sábados que viajábamos al pueblo nos reuníamos detrás de la iglesia para fumar. A Gracia se le notaba hasta en la cara que era una chica confiable, pero yo nunca le conté nada sobre mí: ni siquiera por qué me dicen Ziggy S., y eso es una historia que todo el mundo conoce. El caso es que yo la dejaba hablar y hablar. Casi siempre eran

cosas normales, cosas tiernas, y era bonito escucharlas, pero también sabía perturbarme. Por ejemplo: resulta que un día Gracia entra a su casa y su mamá está a punto de taladrarse estigmas en las manos y en los pies. Usó esa palabra: estigmas.

Tuvo que lanzarla al piso a la señora, forcejear con ella y arrancarle el taladro de las manos y después la vieja la golpeó por interrumpir su sacrificio. Me imaginé que eso que me contaba se trataba de un sueño. Cuando me aclaró que no, quise saber si se lo había dicho a alguien más. Dijo que no. Le pregunté por qué. Me respondió: Honrarás a tu padre –y miró hacia el cielo– y a tu madre –y miró hacia la dirección del autobús–. No volvió a sacar el tema y nunca le pregunté de nuevo sobre ello. Hay cosas que uno no tiene porqué saber.

Poco después terminó el proyecto, pero no la construcción de la iglesia. Durante el último viaje de regreso, Gracia se sentó junto a mí. Me dedicó otra de sus sonrisas perturbadoras y me dio un paquete diciendo *gracias*. Nos dimos la mano y la invité a sentarse a mi lado. Durmió todo el camino, a veces contra mi hombro y a veces contra la ventana. El paquete guardaba una caja de cigarros; pero en lugar de la foto de un par de pulmones horrendos como chicle viejo o dientes amarillos y

puntiagudos, lucía un dibujo muy simple hecho por Gracia: una estrella verde con líneas detrás de ella, indicando que se movía. Al llegar a la ciudad me volvió a estrechar la mano. Luego la vi en pocas ocasiones y después desapareció.

Pérez González (Testimonio recogido tres años después de la desaparición)

Que te quede claro que el destino es una mierda, y una mierda viva. Agarra lo que a uno le gusta y le escupe y se lo pasa por la raya del culo y lo patea y le salta encima y lo que queda del cadáver sangrante lo tira lejos. Mirá nada más: a mí lo que me gustaba era ver los astros –los cuerpos celestes, como les llaman en las enciclopedias– y el telescopio que con tantas apreturas conseguí ahora está empeñado en un montepío de mierda. ¿Y por qué? Porque no había otra manera de pagar lo que debía a la universidad. Si me dieran diez centavos por cada clase donde he aprendido algo de veras, no podría ni siquiera costearme el pasaje de un bus. Pero esta no es la historia de la olla de mierda que me toca comer a mí, sino la de esta niña, esta rubiecita. Daba tristeza reconocer que estaba fea, pero sinceramente yo iba tras ella.

Vivía a tres casas de la mía: donde las locas, como decía mi mamá, que también estaba loca pero era menos gritona que las de la casa aquella. No era tan raro escuchar alaridos espantosos que provenían de esa casa. *CRISTO, CRISTO, CRISTO*, clamaban, como si el tal Cristo les estuviera rompiendo el lomo a vergazo limpio. Y si no era yo o mi mamá, era algún vecino el que les gritaba: Dejen dormir, locas hijas de la gran puta. *AY, LA SEGUNDA VENIDA, LA SEGUNDA VENIDA*, respondían. Nunca me ha quedado claro qué estoy pagando con esta vida de perro.

Una noche la rubiecita me vio espiando el cielo con mi telescopio. Era una máquina excelente. El viejo al que se lo compré tenía menos años de vida restantes que dientes en la boca. Incluso le recé al Señor para que el anciano ese durara al menos hasta que yo pudiera ahorrar el dinero necesario para rescatar el telescopio. Creo que eso ayudó un poco.

Cuando lo limpié y le reparé un par de desperfectos, quedó increíble. Uno podía ver con él hasta las estrellas más pequeñas. Cuando la rubiecita llegó a mi techo por primera vez, brillaban las Pléyades. Desde su ventana me había preguntado a gritos si podía llegar a ver la noche conmigo y le dije que estaba vergón, que viniera. Y se

salió por la ventana y escaló los techos de las casas vecinas hasta caer en el mío, como una puta lagartija. Se llamaba Gracia y después de todo no estaba tan loca. Le pregunté por qué gritaban tanto en su casa. Me dijo que era porque estaban clamando al Padre o a su padre o algo parecido. Lo dejé así.

Quería que la dejara ver por el telescopio y le enseñé cómo: calibrá esta manija y mové tal palanca; esta estrella de aquí se llama de esta manera, ¿ves esa constelación? Por detrás ya no era tan fea. Daban ganas de acercarse y abrazarla ahí mismo, en lo que contemplaba ella las Pléyades agachada ante el telescopio, pero no intenté nada. Dijo que no encontró lo que buscaba y que iba a regresar otra noche.

Regresó. Varias veces regresó la muy loca. Como buen imbécil me imaginaba que lo que la traía con tanta frecuencia a mi techo era, precisamente, *yo*, y que la cabrona escondía (y muy mal) su enamoramiento con la excusa de que también le gustaba ver las estrellas y los satélites y los planetas saltar como pulgas en el espacio exterior. La última noche me dijo que de ahí venía. ¿De dónde? Del Reino de los Cielos, me aclaró. Esta pendeja está floja de la cabeza, pensé. No me aguanté más y le dije que me gustaba. ¿Te gusta qué?, me preguntó distraída, con los ojos cerrados

sobre el telescopio. Vos, me gustás vos. Me examinó con incredulidad y me soltó que si en serio me gustaba que le peinara el cabello. Ninguno de los dos cargaba un peine o un cepillo ni nada que se le pareciera. Entonces le recorrí el pelo con los dedos. Tuve cuidado de deshacerle sin violencia los muchos nudos, de acariciarle el cráneo de vez en cuando, de ver cómo le cambiaba el color rubio a medida que se alejaba de la luz. Yo tenía quince años y me sentía como en medio de una de las canciones de mierda que me gustaban en ese tiempo. Apenas pude esconder mi erección mientras la peinaba. Creí que ella dormía, pero a los pocos minutos abrió los ojos grandes y perdidos y me agradeció. Después me rozó la cara con la punta de los dedos y se dispuso a saltar de techo en techo hasta regresar a su ventana. Ya no la vi.

El día antes de que desapareciera sucedió algo extraño. Veía el cielo desde el techo, solo yo con mi telescopio, mientras fingía que no me alcanzaban los alaridos de mi mamá, que me puteaba por haber aplazado el examen de química. Para gritarme no se le olvida ni una pero para explicar cosas que no entiendo no se acuerda ni de su nombre, pensé. La cosa es que vi pasar por el cielo varios discos de luz: unos lo cruzaban de norte a sur y otros de este a oeste,

a toda velocidad, formando una cruz. Resplandecían con tanta vehemencia que no creí ser el único que los estaba viendo. En la casa de las locas se pusieron a gritar y en las casas vecinas se pusieron a callarlas. Me lleva la que me trajo, aullé. Y los discos se alejaron. Para entonces ya no me gustaba Gracia, pero en ocasiones me masturbaba pensando en la vez que la peiné. A la mañana siguiente oí más gritos y vi un par de patrullas estacionarse frente a la casa de las locas y ya no quise saber más, primero por despecho y luego por temor.

Don Mauricio R. (Testimonio recogido tres meses después de la desaparición)

Casi nunca sueño, pero cuando lo hago mi memoria retiene cada detalle. Al despertar, procedo a anotar mis visiones en ese cuaderno que ve ahí, y le pago al nieto de un vecino para que los transcriba en un procesador de texto virtual. Si desea una copia de la relación que hice de este particular sueño, deberá solicitársela a él, joven. Yo no sé manipular esos aparatos.

En lo que respecta al sueño, los hechos corren así: Vi a una muchacha audaz, dulce si bien poco agraciada, más bien huesuda y llena de una torpeza que no le

restaba agilidad; sin embargo, despertaba en mi alma una pasión paternal. Pienso en la expresión *nieta consentida* y es su imagen la que proyecta mi mente. (Yo jamás he tenido nietos, mis hijos no pasaron de ser células somáticas malogradas). Bien, pues resulta que esta chica ha caído del espacio exterior. Quizás el verbo "caer" adolece de excesiva violencia. La han *depositado* en el vientre de una terrícola unos seres luminosos y, aunque es en apariencia humana, ella sabe que no pertenece a las maneras de este planeta. O al menos lo intuye de la misma manera que yo lo intuía: en sueños las verdades son intrínsecas y uno sabe las cosas como si una voz clara y ubicua las enunciara. Y resulta que ha llegado la hora en que la chica emprende el retorno a su hogar, un sitio situado en otros lejanos espacios, muy lejos en la noche. La madre humana se niega, grita con desgarro, se aferra a la niña como si la resguardara de tentáculos invisibles. Para evitar que los seres luminosos se lleven a su hija, le entierra un cuchillo en el costado, a fin de demostrar que la jovencita es vulnerable y que su naturaleza es, esencialmente, terrenal, es decir, terrícola, es decir, humana y mortal. La chica cae, malherida, mientras se ciernen sobre la residencial, por demás bastante ordinaria, los discos que conducen los

encargados de transportarla, cuya silueta radiante recuerda a los ángeles, a las magníficas ruedas que asaltaron en visiones al profeta Ezequiel, al dios murciélago que vaga por el inframundo maya sediento de sangre. La madre le acierta en el tórax con otra estocada, pero una fuerza de incalculable potencia la arroja por la sala. Levita el cuerpo inerte de la chica, que aún sangra y quizás vive. En ese estado de gravedad suspensa, las hebras de sangre que manan de sus heridas semejan pulpos rojos. Una luz definitiva consume la escena.

A la mañana siguiente, la madre despierta cubierta en la sangre de su hija, con un recuerdo artificial: en su versión del crimen, un extraño de piel oscura y complexión robusta apuñaló a la niña y a ella misma (a la madre) le estrelló en la cabeza una maceta. Asume que él ha secuestrado a su hija, o en su defecto, al cadáver de su hija.

Todo esto no habría sido más que una fábula vana, pero más tarde vi en las noticias el retrato de la misma chica con un rotundo letrero bajo ella: SE BUSCA. DESAPARECIDA. El café del desayuno se me atascó en la garganta. ¿Era todo una coincidencia o tuve yo una visión? ¿A quién podría contarle todo esto? ¿Quién me creería?

Caridad (Testimonio recogido siete meses después de la desaparición)

Esos cuches que ve ahí son animales malos. Malas intenciones tienen; solo eso guardan. Rico saben, pero a costa de qué. Pasa alguna desgracia y se ríen con una bulla fea que a una la hace persignarse con tal de que se callen. Yo no los criaría, pero Felipe hace buen negocio con lo que dan. Esa carne que usted le vende a las mercaderas tiene ponzoña, le digo. Dejá de hablar mierda, me responde. De vez en cuando me suelta un vergazo, pero la bondad que el Señor me ha metido en el corazón no me deja callarme la boca. Al prójimo no hay que joderlo. Cuches hijos de puta. Bien saben cómo me hacen de infeliz, viéndome todo el día y riéndose cuando Felipe me da verga.

No sé si a usted también le da, por veces, una picazón en la mente. Pues en esas andaba yo el día ese. Me revolcaba en el colchón y me envolvía con las mantas porque el frío se mete en los hoyos que quedan entre el techo y la pared. Algo en la cabeza, en la parte bondadosa del alma, me zarandeaba entera cuando me trataba de dormir.

Entonces empecé a oír la bulla de los cuches. Andaban felices. Qué desgracia no

le habrá caído a mi comadre, pensaba yo. Y aunque era de madrugada salí a ver qué les pasaba a los cuches. Encendí la linterna de Felipe, que andaba por el rumbo del pueblo, y le apunté a los animales. La gran luz les pegó de lleno en los ojos. Me entró miedo, pero me defendí. Les dije: ya están gordos, cuches hijos de puta, y ya los vamos a destazar. Y vi que algo tenían en la trompa. Moví la mano para que la luz les llegara mejor y vi que uno se estaba comiendo un brazo. Y otros dos peleaban una pierna. Y otro último llevaba una cabeza. Era de niña. Tenía el pelo amarillo y largo y le tapaba casi todo el rostro. No me pude ni mover. Sólo el Señor sabe cuánto tiempo me quedé ahí, aguantando frío, porque creí que esos cuches habían matado a una cristiana.

Cuando le conté a Felipe se enojó conmigo otra vez. No seás pendeja, Caridad. Alguien pasó tirando los pedazos de la niña en la piara. Vos no andés abriendo la trompa que nos puede ir mal a nosotros.

Pero yo no le creí. Mire nada más: la piara está bien lejos de la carretera y yo a nadie escuché acercarse a la casa. Casi le digo: puta, Felipe, ¿y que del cielo pasaron tirando a la pobre muchacha? Pero no le dije nada.

Tomado de La profeta venida del espacio, reportaje publicado por George Blues en la revista Paranormal World. (Traducción) (Realizado nueve años después de la desaparición)

[…] La madre no duda ni un ápice de la santidad de su hija. Me mira con altivez, como exigiendo mi fe. Explica que la impiedad ha cegado a las personas, pero que aún hay quienes se resisten a vivir en tinieblas. Ejemplo de ello es el pastor Miguel N. y sus seguidores de la Iglesia de la Gracia. Ella acudió al religioso después del secuestro de su hija. Después de escuchar la historia, el pastor le anunció que su hija era una profetisa. Una enviada de Jehová para anunciar al mundo su Gracia y su Verdad.

Dice Miguel N. que Gracia realiza milagros. Quien se viste con las ropas embarradas con su sangre seca –guardadas fieramente en un escondite que sólo el pastor y la madre de la profetisa conocen– es sanado y liberado de cualquier mal. Solicité varias veces la oportunidad de vestir las prendas, pero me fue negada.

(…)

—No se preocupe –me aclara el pastor–. Gracia va a venir otra vez y si usted es fiel y bueno y abre los ojos, lo va a limpiar.

Mi español es exiguo y carezco de intérprete para esta entrevista, pero entiendo a

grandes rasgos lo que me está diciendo. Le pregunto, sentado como estoy desde el púlpito de su iglesia, cuándo regresará la profetisa.

—No sé –responde–. Seguimos esperando.

Adela (Testimonio recogido diez años después de la desaparición)

Hace casi treinta años, siendo yo aún joven, salí al parque a pasear al perro, a pesar de que yo en ese tiempo detestaba al tal perro, pues me parecía imbécil y abusivo; a pesar de que nunca salía de mi casa si podía evitarlo, y nunca visitaba el parque ese, hediondo a meados, donde árboles y bancas y juegos para niños estaban a punto de caerse. En ese momento no comprendía nada, es lo que quiero decir.

Ese día incluso me senté en una de las mesas y no sentía asco. No me percaté al instante, claro, pero no sentía asco. No quise agarrar al perro a patadas ni huir a toda velocidad hacia mi cuarto ni llorar de cólera ni de nada: solo eso, ver cómo anochecía desde el parque de la colonia. En cualquier momento una luz se encendería en mi cabeza. Acaricié al perro. Fíjese: lo acaricié. Creo que nunca lo había tocado excepto para apartarlo de mí. Llegaron los nervios. Estaba esperando algo que desconocía y que

se me antojaba inmenso. Entonces apareció ella -la mamá, no la niña, no la profetisa-; qué bonita era y qué feliz estaba y qué desamparada iba contra lo que la esperaba. ¿Se acuerda de la historia de Isaac? Caminaba tranquilo a la sombra de su padre, camino a la montaña, sin saber que cuando llegaran a la cima él sería degollado en nombre del Señor, en nombre de la enorme fe de Abraham. Así cruzaba la chica el parque ensombrecido y desolado. Ni siquiera hacía ruido sobre la grama muerta.

Me vio en la mesa y me saludó con la mano. Ahí se desató el misterio. Bajó en pilares de luz al centro del parque, sobre la chica. Y una voz dentro de mí repetía: *Adela, ya es hora, Adela, levantá la mirada.* Una carroza de fuego verde, semejante a una estrella, se deslizó por los pilares hasta rozar con sus lenguas las copas de los árboles, que saltaban y saltaban como celebrando algo. Los seres que de ella descendieron brillaban tanto que apenas pude ver a la chica tendida sobre la grama –por fin viva y verde– con las piernas abiertas y los ojos rebalsando de luz. Los visitantes parecían relámpagos. El perro lloraba contra mí y yo lo abrazaba, lo besaba.

Uno de ellos metió un renacuajo de fuego entre las piernas de la chica. Ella se retorció un poco, pero no eran espasmos de

dolor ni de miedo: más bien bailaba, como contagiada de un gozo que ni ella ni yo podíamos comprender. Inmediatamente, todo se apagó. Cuando regresaron las luces normales de la noche, la chica seguía cruzando el parque con una mano sobre el vientre ahora lleno de la que más tarde sería Gracia. No le pude devolver nunca el saludo. Yo estaba en otra parte. Ya no odiaba al perro ni el parque ni la colonia. El mundo era por fin acogedor, pero una luz me llenaba tanto que no podía ver nada de lo que pretendía iluminar. Me desubiqué como alguien que ha dormido por demasiado tiempo y es despertado de golpe.

Las visiones me acompañaron el resto de mi vida. De día y de noche presenciaba una y otra vez esa visitación en el parque. Vi también, en medio de un examen de la universidad, el parto de la niña. La vi dominar el fuego como los magos de los hombres de las cavernas cuando aún era una niña que jugaba a ladrones y policías con sus amigos, la vi intentar revelarse a un chico solitario de su colegio que no supo leer bien las señales del misterio (como yo tampoco las entendía en ese momento), la vi entrar en la soledad de un universitario mientras intentaba ella decirle al misterio que la trajo: *aún no he cumplido mi tarea.* ¿Pero

cuál era esa tarea? Me enfermé intentando descubrirlo y las visiones cesaron. Dudé de cuanto vi en el parque esa noche. Dudé de las visiones que me acompañaron desde ese día hasta la llegada de mi enfermedad. El mundo era de nuevo hostil.

Comprendí todo, por supuesto, cuando ya era tarde para Gracia, esa niña venida del espacio que tuvo que traer desde lejos una verdad que no pude yo, tan ciega, tan desamorada, descubrir acá, en mi propia tierra. La luz que me llenó el día de la visitación me invadió de nuevo, pero ya no me cegaba: veía todo con absoluta claridad. Salté curada de mi cama cuando entendí que el mundo es también misterio, ¿me entiende? Atrocidades y gracia aparte, acá también hay misterio y todos debemos unirnos para comprenderlo. Y aunque yo ya era una vieja y Gracia estaba de nuevo con los suyos, el asombro había llegado por fin a mi vida.

COLECCIÓN MALA SEÑA
NARRATIVA

1 Ciudad de Alado - Mauricio Orellana Suárez
2 La teta mala - Mauricio Orellana Suárez
3 Cerdo duplicado - Mauricio Orellana Suárez
4 Heterocity (dos tomos) - Mauricio Orellana Suárez
5. Las mareas - Mauricio Orellana Suárez
6. El Diablo sabe mi nombre - Jacinta Escudos
7 Hard Rock - Felipe A. García
8 Crónicas para sentimentales - Jacinta Escudos
9 Trucha panza arriba - Rodrigo Fuentes
10 Diario mortuorio - Felipe A. García
11 Dron - Mauricio Orellana Suárez
12 Memorias del año de la Cayetana - Jacinta Escudos
13 Antología menor - D4rkn355 - César Yumán
14 El trabajo infinito (EN PRODUCCIÓN) - Salvador Canjura

COLECCIÓN PORMENORES
FANZINE

1 Johnny-Luz - Mauricio Orellana Suárez

COLECCIÓN LOS SIN VISA
CRÓNICA Y ENSAYO

1 Maletas perdidas - Jacinta Escudos

COLECCIÓN LA BURUCA
VOCES NUEVAS

1 Lados B - Varias voces
2 Contra el pacífico - Carlos González Portillo



PEDIDOS:
Para entrega directa en San Salvador: editexto@gmail.com
Todos nuestros libros están disponibles en Librería UCA, Sucursal Soho
Las Cascadas y Campus
Para pedidos desde cualquier lugar del mundo visite:
libreriauca.com